

Capítulo 4

San Jacinto de Polonia en la América española

MARCELA CORVERA POIRÉ*

Celebraciones en honor a la canonización de San Jacinto

San Jacinto de Polonia fue canonizado la Domínica de Cuasimodo (16 de abril) de 1594 y muy pronto los dominicos de España y sus virreinos americanos celebraron el hecho. En Madrid, por ejemplo, las fiestas de canonización incluyeron la representación de una comedia de Alonso Remón, llamada, justamente, *San Jacinto*, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid¹ (véase Arata, 2009); mientras que el convento de los dominicos en Zaragoza organizó unas justas poéticas, en las cuales los participantes debían glosar “cierta rondilla en alabanza de San Jacinto”, concurso en el cual obtuvo el primer premio don Miguel de Cervantes Saavedra y la cual publicó en Gaspar y Roy en 1866 (véase GEA, s. f.).

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

1 Se conserva bajo la signatura 14767 y reúne 21 cuadernillos con comedias hagiográficas, todas de los últimos años del siglo XVI. De acuerdo con Fernández Nieto, en *Investigaciones sobre Alonso Remón, dramaturgo desconocido del siglo XVII*, según lo cita Stefano Arata (2009), la comedia se representó en Madrid, y aunque se dice que sucedió en abril de 1594, él considera que fue unos meses después, lo cual parece lógico dado que en abril se canonizó al santo.

Para nuestra desgracia no se conserva un solo ejemplar de *La vida y milagros de San Jacinto, y las notables fiestas que la insigne ciudad de México hizo a su canonización*, obra escrita por fray Antonio Hinojosa en 1597, y que siglos después fue considerada “amenísima” por José Mariano Beristáin y Souza². Pese a ello, tenemos una vaga idea de cómo fueron aquellas fiestas, gracias a que el convento de Santo Domingo de México invitó a las demás familias religiosas que entonces había en la Nueva España a las fiestas que organizó, y a que Francisco Javier Alegre dejó constancia de la participación que en ellas tuvieron los jesuitas en su *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*.

Alegre dice que queriendo los dominicos: “Que entrasen a la parte de su júbilo las demás familias religiosas de México, repartieron entre ellas y algunos otros cuerpos respetables los días de la octava”. Asegura que el primer día se llevó en procesión una imagen del santo, de la catedral al convento de Santo Domingo, y que hizo un rodeo para pasar por la Casa Profesa, donde se había levantado “un hermosísimo edificio sobre dos arcos de bella arquitectura”, lleno de “tarjas, carteles, pinturas de diversas invenciones, emblemas” y todo género “de versos exquisitos” escritos en latín, italiano, castellano, griego y hebreo. Agrega que cuando la procesión llegó a la Profesa salieron a recibirla “con luces encendidas” todos los padres de la casa y del Colegio Máximo, seguidos de sus más distinguidos estudiantes, cuatro de los cuales, “con mucha viveza y gracia”, dieron el parabién al santo por haber entrado en la gloria y, a la religión, por tener un hijo tan ilustre.

En el sexto día de la octava, el cabildo catedralicio fue convidado por los dominicos a participar en las celebraciones religiosas y luego a comer. Alegre también hace referencia a ese día porque un jesuita leyó, mientras los demás comían y “con grande aplauso de los oyentes, una oración latina en alabanzas del glorioso San Jacinto”; de paso, agrega que por la tarde, “tres colegiales del seminario representaron [...] sobre un teatro majestuoso

2 Es este el título que registra José Toribio Medina en *La imprenta en México (1539-1821)*, y es él quien recoge la opinión de Beristáin (1989, p. 317).

que se había erigido en la [...] iglesia, una pieza panegírica repartida en tres cantos de poesía española, cuyos intervalos ocupaba la música”.

Por último, se refiere al último día de la octava, aquel que había sido asignado a los jesuitas e indica que celebró la misa el rector del Colegio Máximo, con asistencia de toda su comunidad, que después fue convidada al refectorio, donde un jesuita recitó un panegírico en verso latino; y que después de comer se organizó una procesión por el claustro y por el atrio de la iglesia de Santo Domingo, durante la cual los jesuitas cargaron una talla del nuevo santo, que luego colocaron en el “magnífico retablo que le estaba destinado” (Alegre, 1956, pp. 1-3).

Así, aunque sucintamente, sabemos que en la Ciudad de México se celebró la canonización de San Jacinto durante ocho días, con misas, procesiones, arcos triunfales, discursos que lo ensalzaron y espléndidas comidas; tenemos constancia, además, de que no faltaron el teatro y la música, y que se le destinó un “magnífico retablo”. En Perú también debieron llevarse a cabo fiestas en su honor, aunque no contamos con información suficiente. Sin embargo, existen registros antiguos de diversa índole que hablan de la devoción que se le tuvo al santo en aquel virreinato, lo mismo que en el novohispano, como lienzos y esculturas coloniales que aún se conservan y de los que hablaremos más adelante; además de templos y poblados que le fueron dedicados³;

3 Entre los templos y poblados de los más distantes rincones novohispanos dedicados al santo están: la parroquia de San Jacinto y del Señor de los Milagros de Ixtapalucan, en el estado de México; la parroquia de San Jacinto, en San Ángel, en México D. F.; San Jacinto Teitipac, un pequeño pueblo que en el siglo XVII era visitado desde el convento de Tlacoahuaya y San Jacinto Amilpas, también en Oaxaca; San Jacinto Matzin, San Jacinto Quezaltepeque y San Jacinto Chimaltenango en Guatemala; y San Jacinto de Camalanugan en Filipinas. En el antiguo virreinato peruano se encontraba el pueblo de San Jacinto Manabí, donde aún hoy se hacen “procesiones” en barcas en su honor, también estaba el poblado de los yaguachi y el Morro en Ecuador; la parroquia de San Jacinto, en el departamento de Canelones, Uruguay; el convento de dominicos dedicado a San Jacinto en Caracas, Venezuela; y, en Perú, el pueblo de San Jacinto de Chiquiavo, al igual que el templo de Santo Domingo o San Jacinto, “que así se llamaba la hermosa iglesia” de Ayacucho, y la Recoleta Dominica de Lima, hoy desaparecida, que fuera fundada en la huerta de San Jacinto, en el barrio así conocido hasta nuestros días.

y, por otro lado, su nombre fue tomado por frailes y monjas⁴ y existen referencias escritas de algunas obras de arte ya perdidas⁵.

Vida de San Jacinto

Antes de continuar cabe recordar, a grandes rasgos, la vida del santo polaco, no sin dejar de considerar la advertencia de Butler, quien asegura que:

La biografía más conocida de San Jacinto es más bien una especie de saga que una obra propiamente histórica [...]. Hasta muy recientemente, la única fuente de información era el relato de la vida y milagros de San Jacinto, escrito por el padre Estanislao de Cracovia un siglo después de la muerte de Jacinto, y que los biógrafos posteriores no hicieron más que embrollar ese relato añadiéndole datos aún más extravagantes. (1964, pp. 342-343)

4 Por ejemplo, leemos en Alonso Franco y Ortega, “Año de 1618, a veynte y quatro de Octubre, murió en el Conuento de monjas de Santa Catarina de Sena, en México, Soror Maria de San Jacinto, que nació en la misma ciudad, hija de padres honrados. Entró muy niña en el monasterio y professó en el año de mil y quinientos y nouenta y ocho [...]” (1900, p. 388). Remesal menciona más de una vez a fray Miguel de San Jacinto, quien fuera provincial, en dos ocasiones, de la provincia de Nuestra Señora del Rosario de Filipinas (1932, pp. 510 y 532).

5 En un breve capítulo titulado, “El oro de los ídolos lo empleaban en cosas de la iglesia”, Remesal anotó: “Lo mismo le sucedió al padre maestro fray Reginaldo Galíndez, hijo de Santo Domingo de Xerez, año de 1598 por Pascua de Flores, cuando los indios de Ramiriquí, y sus sujetos, le entregaron de su voluntad los ídolos, que dándoles el oro que sacó dellos para pagar sus tributos, y no lo queriendo ellos recibir, lo empleó en cosas del culto divino, y de ello se hizo una imagen de bulto de San Jacinto, que era entonces recién canonizado, y otras imágenes para la iglesia de Ramiriquí, que es cabecera de otros pueblos. Y desde se hicieron las imágenes de los santos a quien tomaron devoción, les hacen los indios cada año fiesta de vísperas y misa cantada, y procesión” (1932, p. 300). Por su parte, al describir “el Conuento de Nuestra Señora del Rosario de Lima”, el cronista Juan Meléndez habla, entre muchas otras cosas, de los altares que en 1681 tenía el templo del lado de la epístola, a saber: “De Nuestra Señora del Rosario”, “de las Reliquias”, “del nõbre Santissimo de Iesus”, “el del Milagroso Polaco San Iacinto”, *et. al.*, (1681, p. 56). Después del terremoto de 1746 que redujo a escombros a Lima, se reconstruyó el templo.

Figura 17. *San Jacinto de Polonia*, talla estofada, siglo XVIII,
Convento de Santo Domingo, Bogotá, Colombia



Fuente: Luis Evert Mendoza Salazar, O. P.

Justamente la obra, escrita en latín, de Estanislao de Cracovia, *De Vita et Miraculis Sancti Iacchonis (Hyacinthi) Ordinis Fratrum Praedicatorum* (1884, pp. 841-894), guio en buena medida la presente investigación, aunque también se tomaron como referencia otras dos hagiografías, bastante posteriores, escritas en castellano y francés, que le siguen muy de cerca: la de Joseph de Sarabia y Lezana, “Vida portentosa del Santo Apostol de Polonia, San Iacinto Ordobrancio, llena de milagros, y de trabajos gloriosos” (1709, pp. 41-67) y la de A. Touron, titulada *Saint Hyacinthe* (1739, pp. 588-621).

Saga u obra histórica, en función del criterio de los lectores, las fuentes aseguran que Jacinto nació en Cameyh, provincia de Polonia, hacia 1185; ya clérigo acompañó a su tío Yuo, obispo de Cracovia, a Roma, donde conoció a Santo Domingo, quien acababa de recibir la confirmación de su Orden. Allí, junto con Cesslaum y Hermannum, tomó el hábito de la Orden de Predicadores. Los textos indican que los tres solo profesaron durante unos meses, dado que ya eran clérigos, tiempo que resultó suficiente para que conocieran la regla de San

Agustín y las constituciones primitivas de la Orden de Predicadores. A partir de entonces, se dedicaron a fundar numerosos conventos.

Sus biógrafos aseguran que, además de su labor en Polonia, San Jacinto predicó en Prusia, Dinamarca, Escandinavia, los Balcanes, Rusia, Mongolia y el Tíbet, y convirtió al catolicismo a miles de paganos, ortodoxos y mahometanos (Ortense, 1997, p. 128).

Milagros

Los milagros que se le atribuyen son numerosos, tantos que en teoría fueron probados cerca de mil durante su proceso de canonización (Sarabia y Lezana, 1709, p. 49), entre ellos figuran: la resucitación de difuntos; sanaciones de cojos, ciegos, sordos, tullidos, mutilados o apaleados; demonios arrojados; partos difíciles llevados a buen término, mujeres estériles que quedaron preñadas; una vaca y un caballo muertos que volvieron a la vida; un campo que se recuperó después de una terrible granizada; numerosas caminatas sobre las aguas y múltiples apariciones con las cuales consoló a los fieles tras su muerte; pero como suele ocurrir, son pocos los milagros que quedan en la memoria colectiva y pocos, por lo general, los que se convierten en tema para los artistas.

Uno de ellos es la visión que se dice que tuvo en 1221 (véase la figura 18⁶), mientras oraba frente a un altar dedicado a María, quien se le apareció y pronunció las siguientes palabras: “Está de buen animo, Jacinto, hijo mio, porque tus oraciones son bien recibidas de mi Hijo, y a mi me son de mucho gusto. Ten por cierto que todo cuanto le pidieres por mi medio lo conseguirás” (Sarabia y Lezana, 1709, p. 47; Cracovia, 1884, p. 850). Aunque el texto en francés, más que de una visión habla

6 El pintor Doménikos Theotokópoulos, conocido como el Greco (1541-1614), vivía cuando fue canonizado San Jacinto y no mucho después de la fecha de su canonización (1594) pintó dos lienzos casi idénticos sobre el episodio que asegura que la Virgen se le apareció al santo y que le hizo la promesa que se relata. Ambos lienzos se encuentran en los Estados Unidos, uno en la Memorial Art Gallery de la Universidad de Rochester, en Nueva York, y el otro en la Barnes Foundation de Filadelfia.

de María como objeto constante de las meditaciones de Jacinto, a quien acude constantemente y de quien recibe infinidad de favores (Touron, 1739, pp. 816-817).

Figura 18. *Aparición de la Virgen y el Niño a san Jacinto de Polonia* de el Greco, óleo sobre tela, ca. 1605-1610, Barnes Foundation, Filadelfia, Estados Unidos



Fuente: página de Internet del museo.

Otro episodio destacable, el que distingue casi por definición a San Jacinto, es donde se cuenta que cuando los tártaros estaban a punto de invadir la ciudad de Kiev, donde a la sazón vivía Jacinto, este decidió abandonarla con sus discípulos llevándose consigo el Santísimo Sacramento para evitar que lo profanaran:

Avia en la misma Iglesia una Imagen de Nuestra Señora, de alabastro, hermosisima, de la qual el Santo era muy devoto: y como san Jacinto se fuesse sin ella, le habló la imagen y le dixo: Y a mi, hijo, cómo me dejas? Llévame en tu compañía, y no me dexes para que me ultragen mis enemigos (Sarabia y Lezana, 1709, p. 53; véase también Cracovia [1884, p. 850]).

Por su parte, el texto en francés no hace referencia a las palabras que esta pronunciara (Touron, 1739, p. 609). Sin embargo, todos los textos mencionan el hecho de que Jacinto, con la imagen de la Virgen y una custodia o copón, abandonó la ciudad de Kiev seguido de sus hermanos. Esta es la imagen que sin duda más impactó y la representación más común del santo.

Algunos ejemplos de pintura novohispana son: una ilustración de Luis Lagarto, donde Jacinto aparece junto con otros santos enmarcando una imagen de los desposorios de María y San José (Tovar de Teresa, 1992, p. 170); un fragmento de un lienzo que se conserva en la catedral de Tlalnepantla, en el estado de México (véase Juárez [2008]); un lienzo en el claustro alto de Santo Domingo de Querétaro (véase la figura 19), y un lienzo ubicado en un retablo lateral del templo de Santo Domingo, en San Cristóbal de las Casas, Chiapas (véase Burke [1992, p. 88]).

Entre las esculturas tenemos ejemplos en Coixtlahuaca, Oaxaca, donde la Virgen aparece sobre un libro, y otras que, aunque han perdido parcialmente sus atributos, nos permiten reconocer que se trata de San Jacinto, tal es el caso de una imagen ubicada en San Juan Teitipac, Oaxaca, donde San Jacinto solo lleva a la Virgen pero no la custodia (véase la figura 20), y las de San Mateo Macuilxóchitl, Oaxaca y del Museo Nacional del Virreinato de Tepotzotlán (véase la figura 21), en las que se conservan los libros sobre los que otrora estuviera

Figura 19. *San Jacinto de Polonia*, óleo sobre tela, claustro alto del convento de Santo Domingo de Querétaro, México



la Virgen y en las que vemos levantada la mano derecha del santo en ademán de sostener una custodia⁷.

Figura 20. San Jacinto de Polonia, escultura en madera dorada y policromada, templo de San Juan, Teitipac, Oaxaca, México



Fuente: Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

7 En la Fototeca del Instituto de Investigaciones Estéticas (IIE) de la UNAM se pueden consultar las fotografías de las cuatro esculturas novohispanas mencionadas.

Figura 21. San Jacinto de Polonia, escultura en madera estofada y policromada, siglo XVII, Museo Nacional del Virreinato, México



Fuente: Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

Entre los ejemplos del virreinato peruano —o los que de este derivaron, en el de Santa Fe de Bogotá y el del Río de la Plata— se conservan lienzos con la misma iconografía en el Museo de San Francisco, en La Paz, Bolivia⁸; en San Jacinto de Yaguachi, Ecuador (véase Iconografía de San Jacinto de Polonia, 1997), y en al menos dos colecciones particulares en Lima, Perú⁹ (véase la figura 22); lo mismo que una pequeña escultura en el Museo Isaac Fernández Blanco de Buenos Aires, Argentina (véase la figura 23).

Figura 22. San Jacinto de Polonia, óleo sobre tela, Lima, Perú



Fuente: colección particular, fotografía proporcionada por la familia a la que pertenece.

8 Puede consultarse una fotografía de este lienzo en la Fototeca del IIE de la UNAM.

9 En realidad una de ellas, la *Alegoría de la subida al trono divino*, incluye a muchos santos; es, pues, solo un pequeño fragmento el dedicado a San Jacinto (véase Mujica, Pierre, Samanez y García [2002, p. 287]).

Figura 23. San Jacinto de Polonia, escultura en madera tallada, policromada y estofada, finales del siglo XVIII, procede del altar de Santa Rosa de Lima del convento de Santo Domingo de Santa Fe, y se encuentra actualmente en el Museo de Arte Hispanoamericano Isaac Fernández Blanco, Buenos Aires, Argentina



Fuente: Museo de Arte Hispanoamericano Isaac Fernández Blanco.

Volviendo a las fuentes escritas, es clave enfatizar que de las tres obras europeas ya citadas, las dos posteriores a la conquista aseguran —aunque sin entrar en detalles— que gracias a la intercesión de San Jacinto, Dios obró infinidad de milagros en América:

Ce n'est pas dans le seul Royaume de Pologne, mais dans tous le pays, où il s'est trouvé des Chrétiens, jusque dans les Indes Orientales, & Occidentales, que Dieu a multiplié les prodiges, en faveur de ceux, qui, dans leurs nécessités spirituelles, ou corporelles, ont imploré sa miséricorde, par le mérites de Jesus-Christ, & les intercessions de notre Saint¹⁰. (Touron, 1739, p. 618)

Y por supuesto son varias las fuentes novohispanas que hablan de los milagros obrados en estas tierras gracias a su intercesión. Además de un valioso documento que se encuentra en el Archivo Histórico del convento de Santo Domingo de Guatemala, encontramos referencias en dos de las crónicas de la provincia de Santiago de México, a saber, las de Hernando Ojea (2007)¹¹ y Alonso Franco (1900). El primero nos introduce al tema de los milagros diciendo:

10 No solo en el Reino de Polonia sino en todos los países cristianos, incluidas las Indias Orientales y Occidentales, donde Dios había multiplicado los prodigios a favor de aquellos que, en sus necesidades espirituales o corporales, habían implorado su misericordia por los méritos de Jesucristo y la intercesión de San Jacinto (traducción de la autora).

11 La obra de Ojea permaneció inédita hasta finales del siglo XIX. En esta trató de continuar los dos tomos de la *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de la Orden de Predicadores*, escritos por fray Agustín Dávila Padilla. Seguramente Ojea escribió su obra en los primeros años del siglo XVII, pues en 1615, cuando murió en Madrid, tenía consigo el manuscrito de *Contextos y texto de una crónica. Libro Tercero de la historia religiosa de la Provincia de México de la Orden de Santo Domingo*, que debió llevar con él para entregárselo al impresor. Véase la edición de José Rubén Romero Galván (Ojea, 2007, pp. 11 y 13; Franco, 1900). De paso anoto que en la obra de Francisco de Burgoa, O. P., *Geográfica descripción de la parte septentrional del Polo de la América y Nueva Iglesia de las Indias Occidentales y sitio astronómico de esta provincia de Predicadores de Antequera, Valle de Oaxaca* [1674], hay una referencia a los poderes de San Jacinto; aun cuando no se preocupa por contar con detalle hechos sobrenaturales obrados por el

No se contenta Dios con haber honrado al glorioso San Jacinto, religioso de nuestra Orden, con los muchos y muy estupendos milagros que se refieren en la bula de su canonización [...], sino que en las Indias y particularmente en esta Nueva España [...] le honra cada día con infinitos milagros, no menos claros y patentes que los que allí se escriben. Y aunque por ser tantos parece pierden su estima, y los frailes dejan por esto de ponerlos por escrito [...], me pareció [prudente hacer memoria] de algunos y dejarla por escrito en este libro. (Ojea, 2007, pp. 224-225)¹²

Y, a renglón seguido, refiere detalles de cuatro milagros: dos en los que recuperan la salud un tullido y una niña que mientras jugaba se había caído del primer piso al patio de su casa; y dos de muertos que revivieron: un adulto que no dice cómo murió y un niño que se había ahogado.

Alonso Franco, por su parte, asegura que: “La deuocion que se ha tenido a San Jacinto fue grandisima, y los milagros que ha obrado en Nueva España son muchos”; habla de los mismos cuatro milagros que Ojea —con ligerísimas variantes— y agrega uno más, el de otro niño muerto, “hijo de indios del pueblo que se llama San Jacinto, dos leguas de Mexico” (1900, p. 549).

El documento que se conserva en el Archivo Histórico del convento de Guatemala, es una copia hecha en 1681 de un escrito redactado, en

santo en esas tierras, a partir de una profecía de Isaías que dice: “Cuando anduvieres sobre las aguas, yo seré contigo, los ríos no te sorberán y aunque te entres por las llamas de fuego no te empezará [sic] su incendio, porque yo soy tu Salvador”, habla de los dones que Cristo otorgó a sus apóstoles y, más tarde, a hombres como Santo Domingo, San Raimundo o San Jacinto e infinidad de predicadores “en estas Indias”, lo que implica que conocía bien las historias de San Jacinto caminando sobre las aguas y del imperio que tenía sobre el fuego (Burgoa, 1674/1989, p. 190). Finalmente aclaro que fray Francisco Ximénez no hace referencia alguna al culto a San Jacinto en su *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*.

12 Capítulo 30, “De los milagros que Dios ha obrado y obra cada día por el glorioso San Jacinto en la Nueva España”.

teoría, en 1600¹³, para dar testimonio de algunos milagros ocurridos por entonces, diez para ser exactos, gracias a los cuales niños y adultos habían recuperado la salud¹⁴; había nacido viva una criatura a la cual los médicos habían dado por muerta, había revivido a un niño ahogado y había sofocado un incendio.

La narración de los milagros

A continuación tomaremos las hagiografías europeas, el documento guatemalteco y las crónicas novohispanas para analizar, *grosso modo*, cómo se narraron los milagros y con qué objeto, y para rescatar creencias y costumbres de un largo periodo.

Al referir detalles tan puntuales como el nombre de los favorecidos o el lugar y la hora en que ocurrieron los hechos, los autores lograron, en todos los casos, hacer creíbles sus relatos. En el documento guatemalteco leemos, por ejemplo:

Juan Bautista Melgar, vecino de esta Ciudad [...], dijo que por el mes de septiembre pasado de este año de 1600, entre las ocho o las nueve de la noche, estando [...] en su labor con Juan de Selada

13 El documento se redactó a raíz de la petición que hiciera el dominico Alonso Quirao al obispo de la diócesis, para que se efectuaran averiguaciones con el fin de comprobar la veracidad de hechos asombrosos de los que había oído hablar, asunto al que accedió el obispo y para lo cual se encomendó al notario Francisco Delgado. El “traslado” se realizó en Guatemala, el 11 de enero de 1681, por “Bernabé Roxel, escribano del Rey nuestro Señor y público de los del número de esta ciudad de Santiago de Guatemala”, teniendo como base el original (Quirao, 1681, ff. 22). Curiosamente repite uno de los milagros, el relacionado con el incendio, con algunas variaciones.

14 Un hombre tullido de pies y manos, otro que padecía “fiebre de cabeza”, uno más al “que se le torció la boca y quedó sin habla”, una niña que padecía “una enfermedad como gota coral que la dejaba sin sentido”, una mujer que sufría una calentura “muy grande”, un sacerdote aquejado por “un achaque de cólera”, un niño que estaba “muy al cabo”, una india que antes de recuperar la salud recuperó el habla, con lo cual pudo confesarse y dos mujeres que estuvieron a punto de morir al parir y que se salvaron.

[...], oyó [...] dar voces a un yndio labrador, que en su lengua pedía le ayudasen y [...] este testigo salió de su aposento a ver lo que era y vio que se estaba quemando una casa (Quirao, 1681, f. 11).

Franco habla de un “niño de tierna edad, [que] jugando con otros niños, cayó en vna acequia de agua de las que hay en Mexico, en la qual se ahogó” (Franco, 1900, p. 549); y Sarabia y Lezana escriben que: “En una isla que en medio de su centro descubre el *Borístenes* [...] habitada de vnos idólatras impenetrables [Jacinto arrojó al demonio][...] y los impuso en lo substancial de la Religion Catholica” (Sarabia y Lezana, 1709, pp. 54-56; Tournon, 1739, p. 607). Además, para intentar hacer más veraces los relatos, suelen incluir los nombres de numerosos testigos.

En el documento guatemalteco, además de los fieles que resultaron favorecidos por la intercesión de San Jacinto, se dejó constancia de la declaración de un vecino, su esposa, una criada, la madre, la abuela, una tía, un clérigo, un fraile dominico, el tesorero de la catedral, entre otros muchos; es decir, gente cercana o de fiar, exactamente como lo indica Cracovia, quien en la narración de cada milagro concluye con la referencia de aquellos que lo presenciaron. Por ejemplo: “Hic miraculo interfuerunt et oculis suis uiderunt: frater..., dominus... et multi alii fide digni in crastine sancte Trinitatis anno Domini MCCLXX”¹⁵ (Cracovia, 1884, p. 877).

Esta característica, aunque en menor escala, aparece también en las crónicas donde de entrada son los autores religiosos quienes avalan los hechos. En cuanto al cómo, importa decir que la narración de cada milagro incluye, en todas las fuentes, datos que intentan que el lector-oyente se imagine el escenario del necesitado y se conmueva; así leemos, por ejemplo, en el documento del convento de Guatemala:

Mandó a Juan Ortiz, su hijo, que le hiciese unas muletas y con ellas casi arrastrando llegó al convento de Santo Domingo [de Santiago de Guatemala] [...] a las once del día habiendo partido

15 Asistieron al milagro y lo vieron con sus propios ojos, un hermano, una señora y muchos otros testigos dignos de fe.

de su casa a las seis de la mañana, por manera que como estaba tan tullido estuvo en llegar desde su casa a la capilla del glorioso Santo cinco horas. (Quirao, 1681, f. 2v)

Y Cracovia en *De Vita et miraculis...* refiere que: “Quedam domina nomine Margareta in territorio Cracouiensi uixit in uiduitate plus quam viginti annis, que incidens in infirmitatem, percussa est grauissima surditate adeo, quod nec campanas, nec homines, nec quascumque sonoras percussiones audire poterat”¹⁶ (1884, p. 875).

Parece ser que tantas historias “creíbles y conmovedoras”, tuvieron, entre otros fines, procurar el bienestar económico de los lugares donde se le daba culto a San Jacinto, pues las mismas sugerían a los fieles que cuando fueran a visitar sus lugares de culto, llevaran ofrendas, dieran limosnas, ofrecieran misas o compraran hábitos¹⁷. En el documento guatemalteco encontramos frases como: “Le dio limosna”, “prometió [...] llevarla a la capilla del glorioso San Jacinto y decirle una misa y echarle su quinto”, “le ofreció una misa”, “le ofreció una candela”, “su madre le dio [...] limosna para una misa”, “le prometieron unas novenas”, “le mandaron decir una misa”, “lo encomendó al glorioso San Jacinto e le prometió llevarlo a su capilla y hacerle su hábito [...]”. Y en la crónica de Franco leemos que: “En agimiento de gracias tuuieron novenas... y uistieron el hauito de la orden al niño [que había resucitado]” (Franco, 1900, p. 549). Todas estas frases son muy parecidas a las mencionadas en el libro de Cracovia, por ejemplo: “Ideo te obsecro, ut digneris filiam meam curare, et ego promitto

16 La cita hace referencia a que una mujer viuda, llamada Margarita, tras haber enfermado quedó tan sorda que ni las campanas, ni a los hombres, ni las más sonoras percusiones podía oír.

17 En la introducción hecha por Michael Gerli a los *Milagros de Nuestra Señora* (Berceo, 2010), obra escrita en el siglo XIII por Gonzalo de Berceo, religioso del monasterio de San Millán de la Cogolla, el editor asegura que el autor pretendió promover la devoción de los fieles, pero también hacerle “propaganda” a su monasterio, cuyo bienestar económico le preocupaba.

tibi eam cum deuota oblacione ad tuum sepulcrum deducere”¹⁸ (1884, p. 884). O bien:

O sancte Iazeco, digneris mihi reddere ancillam meam et in articulo mortis ei succurrere, et ego deuotam oblacionem pro ea tibi offeram. Cum autem sic invocasset sanctum Iazechonem et uotum compleuisset, asisterunt duo frates circa lectum agonizantis puelle ueste candida induti, uidelicet tunica et scapulari et cappa fratrum predicatorum¹⁹. (1884, p. 870)

Sin embargo, este no era el único fin que se perseguía; los relatos buscaban, desde luego, que el fiel llevara una vida penitente y que se acercara a la Iglesia, por lo que en ellos son comunes frases como: “Oyó una misa y confesó y comulgó”, “y se fue al convento de Santo Domingo y se confesó y [...] comulgó” (Quirao, 1681), de la misma manera que en el texto de Cracovia leemos a cada paso promesas sobre hacer ayunos e incluso sobre abrazar la vida religiosa como agradecimiento de un padre si su hijo sanaba: “Ego promitto tibi, ferias quartas usque ad mortem ieiunare”²⁰; “ut digneris me ad uitam reuocare, et ego promitto Deo et tibi, ferias quartas et sextas usque ad mortem in pane et aqua ieiunare”²¹; “et ego promitto tibi, tum ordinem cum eo intrare et usque ad mortem perseuerare”²².

Sin lugar a dudas las obras son propagandísticas y para lograr atraer a numerosos devotos, hablan de personas de diversa índole que fueron favorecidas con milagros, también muy distintos, y ante necesidades de

18 Una mujer le promete al santo que visitará su sepulcro y le llevará ofrendas si cura a su hija.

19 Una mujer le pide a San Jacinto que se digne devolverle a su doncella que se encontraba *in articulo mortis* y le ofrece a cambio darles ropas nuevas a los frailes que la asistían.

20 Un devoto promete ayunar todos los miércoles, durante el resto de sus días (p. 880).

21 Un hombre promete ayunar a pan y agua todos los miércoles y viernes durante el resto de sus días (p. 883).

22 Alguien, según se dijo, promete abrazar la vida religiosa (p. 887).

lo más diversas. Por ejemplo en la narración en latín (Cracovia, 1884) cierta mujer deja de ser estéril (p. 860); el santo sana a la mucama de una condesa (p. 870), libera de dos demonios a una mujer noble (pp. 870-871), entre muchos otros casos. En el documento guatemalteco, aun cuando la mayoría de los milagros parecen haber favorecido a españoles, aparecen involucrados en ellos un “yndio labrador”, “una indisuela”, y una tal “María, negra esclava”, en un intento porque todos los diferentes grupos raciales sintieran que podían recurrir a San Jacinto.

Parte de la propaganda fueron sin duda los objetos o exvotos que los fieles dejaban en los lugares consagrados al santo como prueba de todos los favores recibidos. En la obra de Sarabia y Lezana (1709) vemos, por ejemplo, que un niño ahogado resucitó cuando su madre lo llevó al sepulcro de San Jacinto, donde dejó las ropas mojadas “para que quedasse perpetua memoria” del hecho (p. 63). Y en la obra de Alonso Franco leemos:

Vn ciudadano de Mexico tullido de muchos años, encomendose tan de veras a San Jacinto, que luego quedó bueno y sano y trajo las muletas a la capilla del santo que está en esta iglesia de México. Vn manceuo, difunto y amortajado, tratando ya de darle sepultura su madre y parientes, clamaron a San Jacinto pidiendole fauor, y le experimentaron tan claramente, que el difunto resucitó y tuuo vida. Trajosse la mortaja a la misma capilla del santo. Otro niño de pocos meses, hijo de indios del pueblo que se llama San Jacinto [...] murio [...] [mas] Ntro. Sr. por intercesion de San Jacinto le resucitó y le lleuaron viuo a su casa, dejando en el altar del santo, para memoria de tan gran milagro, la mortaja en que le hauian llevado envuelto. (1900, p. 549)

En el documento guatemalteco leemos incluso que el cabildo sede vacante de la ciudad de Santiago de los Caballeros concedió licencia a fray Alonso Quirao para colgar en el templo de Santo Domingo de esa ciudad las muletas con las cuales Francisco de Ábrego había llegado, casi a rastras, a visitar a San Jacinto, las cuales no volvió a necesitar ya que salió del templo totalmente curado (Quirao, 1681, ff. 8-8v). Como parte de la misma propaganda se habla de imágenes de bulto que eran

trasladadas para curar a los enfermos y de otras más pequeñas que la gente llevaba consigo para encomendarse o encomendar a los demás.

En el documento guatemalteco se lee que:

[...] estando la imagen del glorioso San Jacinto en casa de doña Corral, hermana de esta testigo, que le habían traído para vestirle²³ [...], pidió se le trajesen a su aposento, e así como le trajeron [...], se le quitó la fluencia [...], y estuvo luego buena. (Quirao, 1681, f. 13)

Lo mismo que el caso del padre Felipe Ruiz de Corral, quien deseoso de confesar a una india enferma que estaba sin habla: “la encomendó muy de veras a San Jacinto y aún le parece que en un rosario llevaba su imagen” (Quirao, 1681, f. 19v).

Aunque bien podríamos extendernos sobre la retórica empleada en los relatos, sobre cómo en ellos se habla del impacto que provocaba en los fieles ver capillas llenas de objetos que daban fe de sucesos milagrosos o de la forma como los fieles se comunicaban con la divinidad —que iba desde hablarle a una estampa a tener sueños reveladores—, nos enfocaremos, a continuación, en la plástica, en especial en un retablo dedicado a San Jacinto.

Retablo de San Jacinto, en Tlacoahuaya, Oaxaca

El retablo del templo de Tlacoahuaya, Oaxaca, tiene una tabla central que está rodeada en tres de sus lados por dieciséis pequeñas escenas que representan pasajes de su vida y milagros, hasta ahora no documentados (véase Schenone [1992, pp. 478-479])²⁴, que se pueden

23 Es decir, adonde la habían llevado para vestirla.

24 Importa aclarar que el lienzo no contó originalmente con los milagros, estos fueron agregados con el tiempo, a decir de su restauradora, Mireya Olvera; de allí que su factura sea tan diversa en relación con la figura central.

identificar, básicamente, gracias a la obra de san Estanislao de Cracovia (véase la figura 24).

Figura 24. Retablo dedicado a san Jacinto de Polonia, óleo sobre tabla, templo de Tlacoahuaya, Oaxaca, México



Fuente: Mireya Olvera y Soledad Hernández.

La lectura del retablo debe hacerse a partir del recuadro superior izquierdo, donde vemos a san Jacinto a los pies de Santo Domingo de Guzmán, a quien conoció en Roma²⁵. Luego tenemos aquella visión en que la Virgen le aseguró que le concedería todo lo que le pidiera. A renglón seguido vemos a Falislaua, madre de Petri, joven de Prosowo que se había ahogado en el río Vístula el día anterior, suplicándole a Jacinto que le devuelva la vida a su hijo²⁶ (Cracovia, 1884, pp. 850-851). Después aparece Lutta, quien tras seis semanas de tener la lengua paralizada recupera el habla; le sigue un enfermo cuya historia corresponde, al parecer, al relato de Cracovia de una mujer que casi agonizando llamó a San Jacinto, y llena de fe le pidió que orara por ella y le tocara la cabeza (1884, pp. 853-854).

Luego siguen dos milagros muy curiosos. El primero cuenta que Jacinto quería ir a predicar a Vyssegroth; sin embargo, no había nave para cruzar el río Vándalo, por lo cual le pidió a sus compañeros Florianus, Godinus y Benedictus que oraran junto con él a Dios, creador del cielo y de la tierra, y a quien obedecían las aguas, para que les permitiera pasar sobre estas, después de lo cual hizo la señal de la cruz y comenzó a caminar, pero como sus compañeros no lo siguieron, comprendió que sentían cierto temor, por lo cual extendió su capa sobre el río para que pasaran sobre la misma como si fuera una barca (Cracovia, 1884, p. 857; Sarabia y Lezana, 1709, pp. 51-52; Touron, 1739, p. 599).

El segundo milagro narra cómo Jacinto cruzó el Nieper, para librarse de la invasión de los tártaros, con la custodia y la Virgen en sus manos, milagro al que se sumó otro, pues en las aguas quedó la impronta del camino que transitó²⁷ (Cracovia, 1884, pp. 856-857) (véase la figura 25).

25 Santo Domingo aparece con los atributos que lo caracterizan: una iglesia y azucenas en su mano, a su lado un perro con una antorcha que recuerda que los dominicos son “los perros del Señor” y que Domingo iluminó al mundo con su venida.

26 Por ello aparece ya amortajado (Sarabia y Lezana, 1709, p. 50).

27 Sarabia y Lezana dice que quedaron “gravadas en el agua” las huellas de San Jacinto (1709, pp. 53-54); y aunque la obra en francés habla de huellas que dejó en el agua, su contexto es otro (véase Touron [1739, p. 609]).

Figura 25. *El milagro de las huellas sobre el agua*, detalle del retablo dedicado a san Jacinto de Polonia, templo de Tlacoahuaya, Oaxaca, México



Fuente: Mireya Olvera y Soledad Hernández.

El siguiente recuadro sirve para recordar cierta historia en la cual Clemencia, mujer noble de la villa de Coschelec y muy devota de San Jacinto, lo había invitado a la fiesta de Santa Margarita para que pronunciara el sermón. Llegado el día, lejos de acogerlo llena de júbilo lo recibió muy acongojada pues la víspera había caído una fuerte granizada que había arruinado las cosechas. Dice el texto que Jacinto le sugirió al pueblo que orara durante toda la noche, y que al llegar el alba el campo se había recuperado (Cracovia, 1884, pp. 859-860; Sarabia y Lezana, 1709, pp. 57-58; Touron, 1739, pp. 610-611) (véase la figura 26).

Le sigue la historia de Uitoslava, cuyos dos hijos eran ciegos de nacimiento y a quienes llevaba en un carrito. La madre le suplica a San Jacinto que interceda por ellos ante Dios; este accede y les da la bendición, luego de lo cual los niños comienzan a ver (Cracovia, 1884, p. 861; Sarabia y Lezana, 1709, p. 57; Touron, 1739, p. 611) (véase la figura 27). El siguiente recuadro hace referencia a Uislauim, hijo de Pribislaava, quien a ruegos de esta fue a Cracovia con el fin de invitar a Jacinto a la siguiente fiesta de Santiago, misión que cumplió, aunque de regreso, al pasar el río Raba, murió ahogado; afirma la historia que cuando la madre se enteró fue al lugar de los hechos y al ver a San Jacinto acercarse le pidió que tuviera piedad y lo resucitara (Touron, 1739, p. 615).

Figura 26. *El milagro del campo recuperado*, detalle del retablo dedicado a san Jacinto de Polonia, templo de Tlacoahuaya, Oaxaca, México



Fuente: Mireya Olvera y Soledad Hernández.

Figura 27. *El milagro de los niños que recobran la vista*, detalle del retablo dedicado a san Jacinto de Polonia, templo de Tlacoahuaya, Oaxaca, México



Fuente: Mireya Olvera y Soledad Hernández.

El recuadro inferior del lado derecho del marco hace referencia a uno de los milagros que hizo el santo dominico una vez que ya había muerto, pero antes de ser sepultado. En la hagiografía en latín se narra la historia de una joven llamada Zegotha, quien murió al caer de un caballo, luego de lo cual sus padres la llevaron al templo de Santo Domingo de Cracovia, donde estaba el cadáver de Jacinto sobre unas andas, y a quien le rogaron con devoción que le devolviera la vida a su hija, tras lo cual la joven resucitó libre de toda herida²⁸ (Cracovia, 1884, p. 864).

Siguiendo las manecillas del reloj, vemos un par de milagros obrados frente a la tumba del santo: podrían ser el de Andreas, soldado noble que perdió la vista de un ojo, y el de Cecilia, joven que llevaba ocho años ciega. Ambos visitaron el sepulcro del santo y acercaron a este los ojos enfermos, luego de lo cual recuperaron la vista²⁹; de hecho, en el segundo de los recuadros vemos, en un segundo plano, a una persona caminando con bastón en la mano que le sirve para guiarse y no tropezar.

Otro de los milagros narrados por Cracovia asegura que en la ciudad de Sczircicz, el presbítero Nicolás, quien estaba a punto de morir, vio a San Jacinto en medio de un resplandor y entabló un breve diálogo con él: el enfermo dijo no conocerlo, pero Jacinto se presentó y le aseguró que lo sanaría, tal como ocurrió. En la imagen se incluyeron una mitra y un báculo para facilitar la identificación del enfermo con un hombre de la Iglesia aunque, según el texto, no era obispo, lo cual resulta curioso (Cracovia, 1884, p. 893).

28 La obra en castellano habla de un caballero mozo y no de una joven (véase Sarabia y Lezana [1709, p. 61]; Touron [1739, p. 611]).

29 Aunque Cracovia habla de infinidad de personajes que prometieron visitar la tumba del santo si se curaban, en la mayoría de las historias se cuenta que sanaron con solo hacer el voto, el cual después cumplieron; pocos son los milagros ocurridos teóricamente *in situ*: el de Andreas aparece en las páginas 876-877, el de Cecilia en las páginas 874-875. Se habla además de una mujer sorda que recuperó la audición al acercar los oídos a la tumba (p. 875); de una joven que había perdido dos dedos que recogió en un pañuelito y puso junto con la mano mutilada sobre la tumba del santo, con lo que sanó (pp. 885-886), y de Federicus, quien visitó el sepulcro buscando curarse de la garganta, cosa que logró (p. 892).

En el penúltimo recuadro vemos, en el lecho, a una madre que acaba de parir y a varias mujeres más, una de las cuales le acerca la criatura recién nacida a San Jacinto³⁰. Este podría identificarse casi con cualquiera de los múltiples milagros que se le atribuyen relacionados con embarazos:

La devoción de los pueblos y especialmente de las mugeres con este gran santo, es en toda la Christiandad muy recibida, acudiendo la piedad del sexo con sus Novenas, y oraciones a pedir a San Jacinto, unas veces, la deseada succession; otras el feliz parto, y otras el remedio en los partos atravesados. (Sarabia y Lezana, 1709, p. 58)

Aunque en el último recuadro figura una de las tantas apariciones con las que el santo consoló a sus fieles, no encontramos en las fuentes europeas un milagro que correspondiera a la imagen. Parece tratarse de una niña accidentada y de la oración que en busca de auxilio hacen sus padres.

Cierre

Dudo que exista actualmente una serie pictórica más completa que la de Tlacoahuaya sobre la vida y milagros de San Jacinto, pero aun así fueron tantos los milagros que se le atribuyeron, que existen obras que presentan distintas iconografías³¹. Y si bien es cierto que los mi-

30 Resulta extraño que en esta ubicación, en la que se incluyen cuatro milagros obrados después de su muerte, aparezca Jacinto en este con los pies en la tierra y no como en una visión celestial, característica que hace sospechar que sucedió antes de su muerte.

31 Héctor Schenone hace referencia a un lienzo perteneciente al templo de Santo Domingo, en la ciudad de Trujillo, Perú, en el que aparece el santo de rodillas frente a la Virgen, en un primer plano, mientras al fondo pueden verse los preparativos de ciertos festejos junto a la muralla de Cracovia, los cuales había destruido una tormenta y recompuesto el santo (véase Schenone [1992, pp. 478-479]). Otro lienzo, perteneciente al Museo de Arte Colonial de Venezuela, que muestra a Jacinto frente a María, se distingue porque el santo sostiene un pequeño plato con dos pequeñas personas desvestidas, cuyo significado está por estudiar. La obra está fotografiada en la Fototeca del IIE de la UNAM.

lagros americanos siempre estuvieron en la misma línea de las “tradiciones medievales”, como diría Weckman (1984, p. 341), no por ello dejaron de mostrar, en ocasiones, variantes locales. Y así como hemos visto acequias e indios en los relatos, pudo haber algún milagro no contado en las fuentes europeas que fuera representado pictóricamente en la América española. San Jacinto, como cualquier otro santo europeo, debió demostrar que también estaba interesado en las personas de estas tierras, las cuales juraron a pie juntillas que las favoreció, sobre todo en los años más próximos a su canonización.

Referencias

Fuentes primarias

Archivo Histórico del convento de Santo Domingo de Guatemala

Quirao, A. (1681). Petición de fray Alonso Quirao, armario 6, exp. 00034, n.º 034. Archivo Histórico del convento de Santo Domingo de Guatemala, Guatemala.

Fuentes secundarias

Alegre, F. (1956). *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España, 1-4*. Roma: Institutum Historicum S. J.

Arata, S. (2009). *Teatro y coleccionismo teatral a finales del siglo XVI (el conde de Gondomar y Lope de Vega)*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de <https://goo.gl/TNgb12>

Berceo, G. (2010). *Milagros de Nuestra Señora*. Madrid: Cátedra.

Burgoa, F. (1989). *Geográfica descripción de la parte septentrional del Polo Ártico de la América y Nueva Iglesia de las Indias Occidentales y sitio astronómico de esta Provincia de Predicadores de Antequera, Valle de Oaxaca, II*. México D. F.: Porrúa.

Burke, M. (1992). *Pintura y escultura en Nueva España. El Barroco*. México D. F.: Azabache.

- Butler, A. (1964). *Vidas de los Santos*. México, D. F.: Collier's International y John W. Clute.
- Cracovia, E. (1884). De Vita et Miraculis Sancti Iacchonis (Hyacinthi) Ordinis Fratrum Praedicatorum. En A. Bielowski (comp.), *Monumenta Poloniae Historica: Pommiki dziejowe Polski*, IV, (pp. 841-894). Leópolis: Nakł. Akademii Umiejętności. Recuperado de <https://goo.gl/B69fnV>
- Franco, A. (1900). *Segunda parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México, Orden de Predicadores de la Nueva España*. México D. F.: Imprenta del Museo Nacional.
- GEA (s. f.). *Justas poéticas*. Recuperado de <https://goo.gl/CyekPf>
- Iconografía de San Jacinto de Polonia (1997). *Dominicos Chile*. Recuperado de <https://goo.gl/7iL7yo> y <https://goo.gl/db7QcD>
- Juárez, T. (2008). San Antonio de Padua, San Jacinto de Polonia, y San Simón Apóstol, Catedral de Tlalnepantla Edo. de México [Fotografía]. *Flickr*. Recuperado de <https://goo.gl/VFkRHK>
- Medina, J. (1989). *La Imprenta en Mexico (1539-1821): Edición Facsimilar (1539-1600)*, (tomo 1). México, D. F.: UNAM. Recuperado de <https://goo.gl/Zs3yHa>
- Meléndez, J. (1681) *Tesoros Verdaderos De Las Yndias En la Historia de la gran Prouincia de San Ivan Bautista del Perú de el Orden de Predicadores. Al reverendissimo Padre F. Antonio de Monroy, Mexicano, General del dicho Orden por el maestro... natural de Lima, Hijo de la misma Prouincia, y su coronista*, (tomo 1). Roma: Imprenta de Nicolas Angel Tinassio. Recuperado de <https://goo.gl/wPB551>
- Mujica, R., Pierre, T., Samanez, R. y García, M. (2002). *El Barroco Peruano*. Lima: Banco de Crédito del Perú.
- Ojea, H. (2007). *Contextos y texto de una crónica. Libro Tercero de la historia religiosa de la Provincia de México de la Orden de Santo Domingo de fray Hernando Ojea, O. P.* México D. F.: Instituto de Investigaciones Históricas y UNAM.
- Ortense, M. (1997). *Il libro dei Santi. La vita e le opere di tutti i Santi giorno per giorno*. Milán: B&B.
- Remesal, A. (1932). *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala*, 1-2. Guatemala: Tipografía Nacional.
- Sarabia y Lezana, I. (1709). Vida portentosa del Santo Apostol de Polonia, San Iacinto Ordobrancio, llena de milagros, y de trabajos gloriosos. En

- I. Sanabia y Lezana, *Annales de la Sagrada Religion de Santo Domingo, Erario ascetico en las legendas de los santos y santas y personas de ilvs- tre virtud de la Orden de Predicadores dedicado al Ilvustrissimo Señor Arçobispo de Santiago, D. Fr. Antonio de Monroy, de la misma Orden, Compvesto por el Maestro Fr. Ioseph de Sarabia, Regente de la Miner- va de Roma, Compañero y Secretario de el General de Santo Domingo, &c.* (pp. 41-67, versión impresa; pp. 172-198, versión digital). Madrid: Jvan Garcia Infanzon (impresor). Recuperado de <https://goo.gl/UeRwu7>
- Schenone, H. (1992). *Iconografía del arte colonial. Los santos, II*. Buenos Ai- res: Fundación Tarea.
- Touron, A. (1739). Livre sixieme. Saint Hyacinthe. En A. Touron, *La Vie de Saint Dominique de Guzman, fondateur de l'ordre des freres prêcheurs avec L'Histoire abgregee de ses premiers disciples* (pp. 588-621). París. Recuperado de <https://goo.gl/Z1Dqdg>
- Tovar de Teresa, G. (1992). *Pintura y escultura en la Nueva España (1557- 1640)*. México D. F.: Azabache.
- Weckmann, L. (1984). *La Herencia Medieval de México, 1*. México D. F.: El Colegio de México.